

«Redefinir la educación» XXIX Seminario interdisciplinar Barcelona, 29 de noviembre de 2010

«Redefinir la educación desde otras perspectivas»

Jordi Cussó Porredón

Presidente de la Asociación Valores

Jordi Cussó ha empezado su ponencia puntualizando que no hablará como maestro sino como educador en el sentido más amplio de la palabra ya que, según ha afirmado, siempre estamos aprendiendo, desaprendiendo y volviendo a aprender, y a la vez, nunca dejamos de enseñar. Ha explicado que dividirá su discurso en tres partes. Primero intentará explicar desde qué puntos de vista se puede plantear el tema de la educación, después hablará de un telón de fondo social o de un marco existencial, para acabar analizando las consecuencias que se derivan de esta perspectiva de fondo, que es lo que, según ha dicho, nos ayudará después a redefinir lo que entendemos por educación.

Para empezar me gustaría citar el libro «Després de tocar fons», escrito por el señor Joan Majó, exministro de Industria, que explica que la solución a la crisis que estamos sufriendo actualmente es la educación; pero la educación en el sentido más amplio de la palabra ya que, según dice, todos, de forma consciente o inconsciente, somos agentes educativos. El libro acaba diciendo: «nuestro principal problema está en la educación y la educación es cosa de todos».

También me gustaría citar lo que dijo Anna Vall, una de las ponentes, que concretamente participó en el segundo seminario con el tema «El espectáculo de los adultos también educa». El eje central de su ponencia fue la mediación y puso especial énfasis en la importancia que tiene de cara a los hijos que los padres los eduquen dando ejemplo y afirmó que «lo que nosotros hacemos adquiere una trascendencia real en la vida de los que nos rodean».

Y ya para terminar esta primera parte no puedo dejar de citar, tampoco, lo que dijo Gregorio Luri en su ponencia que precisamente llevaba por título «Educar con el ejemplo», en la que se preguntaba si hay alguna otra forma de educar que no sea haciéndolo con el ejemplo; de hecho, decía, no hay manera de no dar ejemplo. Y acabó diciendo que la importancia está en las pequeñas cosas y en la cotidianidad. Y que nos reafirman aquellas cosas que creemos, y que las personas,

especialmente los niños, siempre respetan las creencias y las convicciones que creen que tenemos, no las que nosotros decimos que tenemos.

Todas las cosas tienen –y necesitan– un marco, un contexto determinado, que no hemos creado nosotros y que, por lo tanto, puede que no nos guste, pero al que nos tenemos que adaptar. La vida de los seres humanos se desarrolla en un marco de espacio y tiempo y con unos límites determinados que posibilitan que seamos quienes somos y cómo somos. El problema es que no hemos dedicado demasiado tiempo a analizar este escenario, y tampoco nos han enseñado cómo lo podemos ir descubriendo, por lo tanto, vamos viviendo sin tener en cuenta el contexto en el que vivimos. Por este motivo, lo que intentamos transmitir cuando educamos no tiene la resonancia que esperaríamos que tuviera.

¿Y de qué contexto estamos hablando? A menudo pensamos que la naturaleza, el azar o Dios –si creemos en él– se han equivocado, que ha habido algún error en nosotros, en quien y cómo somos, y que ser para dejar de ser, crecer para envejecer, nacer para morirse no tiene ningún tipo de sentido. Pero el marco es el que es y tenemos que aprender a aceptarlo. Normalmente lo acabamos haciendo, pero con una tristeza y un recelo que marcan nuestra cotidianeidad. Por lo tanto, yo creo que más que un fracaso escolar, hay un fracaso existencial, vital, y hasta que no lo resolvamos no podremos solucionar el resto de aspectos de nuestra vida como, por ejemplo, este fracaso escolar del que llevamos días hablando. El telón de fondo es, pues, más importante que todos los conocimientos que podamos llegar a transmitir a nuestros niños.

La profesora Elisabet Juanola decía que todos somos educadores, pero que gran parte de nuestra vida la dedicamos a aparentar lo que no somos y esto, además de producir un desgaste, hace que las comunicaciones y, por lo tanto el aprendizaje, carezca completamente de sentido. Y añadía que sólo cuando aceptamos que somos tal y como somos, únicos e irrepetibles, y cuando percibamos la vida como un don veremos las cosas de forma muy diferente y nuestra escala de valores cambiará por completo. Vivimos con una prisa que no nos deja conocer ni quienes somos ni el marco en el que vivimos.

Para cambiar esta situación tendríamos que tener presentes tres factores muy importantes: que somos seres contingentes, que somos terriblemente frágiles, y que nos morimos. Este marco referencial, que es el que la gente conoce vulgarmente como nuestros límites, se resume en el límite más grande que tenemos, que es la muerte. Hoy que tanto se habla de educar con límites, de poner límites, a lo mejor tendríamos que empezar porque nos eduquen para saber vivir con nuestro límite

máximo, que es saber morir. Si no acepto la muerte no acepto la vida. Debemos tener presente que no somos necesarios, que nadie es necesario, que somos, únicamente, seres resultantes de la historia. Existimos sin haberlo pedido; nos hicieron existir. Los otros nos han hecho ser, y eso no nos hace ni mejores ni peores, simplemente, es nuestra posibilidad de ser.

Una educación integral, que quiera formar a personas sólidas y autónomas, tiene que poder profundizar en la contingencia y en la fragilidad que caracteriza al ser humano. Y lo debe hacer, en primer lugar, para poder evitar una autoconcepción sobredimensionada de la propia condición humana; en segundo lugar porque debe integrar estas categorías para que la pedagogía sea plenamente humana y se plantee cuestiones que interpelen al ser humano; y, por último, porque se debe dar respuesta a esta contingencia, a la fragilidad, y a la condición de mortalidad, aunque las respuestas serán también limitadas. Pero las necesitamos, y los niños aún más, para poder hacer frente a la realidad que se van a encontrar cada día y en todas las circunstancias de su vida.

Los problemas en la educación no vienen de los contenidos que transmitimos sino de la postura existencial que adoptamos, que a menudo hace incongruentes los contenidos que formulamos. Y cuando negamos, o no aceptamos, o cuando aceptamos pero con desengaño –que es lo que nos suele pasar– nuestra fragilidad, nuestra contingencia y nuestra muerte, vivimos de espaldas a lo que somos y nos aferramos al pasado. Caminar de espalda a la realidad nos lleva a ir donde no queremos ir y a estar cada vez más lejos de donde querríamos estar.

La psicóloga Leticia Soberón decía que la generación adolescente, y yo diría que también la joven, está compuesta por niños que fueron ídolos; ídolos de unos padres que les idolatrarón, pero que no siempre les quisieron, que les veneraron, pero que no siempre les comprendieron. Dejar de tener este protagonismo cuesta mucho y dejar de ser joven, aún más. La única industria que no está sufriendo la crisis es la farmacéutica, las empresas de salud, pero no para curar el cáncer, sino para alargar la vida y para procurar no aparentar la edad que tenemos.

Joan Manel Serrat cantaba «todos llevamos un viejo encima», pero todos los adultos nos comportamos como si la vejez no nos tuviera que llegar nunca. No se trata de la etapa negativa de la vida; es la última, pero no es la negativa. Cuando somos viejos sólo somos y, curiosamente, es cuando no nos dejan ser. Si queremos redefinir la educación tenemos que empezar por alegrarnos de ser adultos, de hacernos viejos. Y la sociedad nos tiene que educar desde este punto de vista; desde el punto de vista de vivirlo siempre todo con plenitud.

Podemos decir que la vida está hecha a partir de cuatro grandes arcos: la infancia, la juventud, la adultez y la vejez. Pero no es cierto. La vida está hecha de dieciséis arcos. Porque la infancia también tendría que tener infancia de infancia, juventud de infancia, adultez de infancia, vejez de infancia; y llegar a morir de ser niño. Y así sucesivamente con el resto de etapas de la vida. Tenemos que ir aprendiendo a morir cada día, y a envejecer, y a ser joven, y a ser adulto. Este telón de fondo que tenemos es una maravilla, porque no hay ningún otro.

Resumen de las ponencias realizado por el equipo de redacción del Ámbito María Corral.